

El Asia-Pacífico como región estratégica en la disputa entre China y Estados Unidos

Juan Sebastián Schulz

CENTRO DE ESTUDIOS CHINOS
INSTITUTO DE RELACIONES INTERNACIONALES
UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA
ARGENTINA
jsschulz@gmail.com

DOI: <https://doi.org/10.53766/HumSur/2022.32.04>

Resumen

El presente artículo se propone analizar la relevancia adquirida por la región de Asia Oriental y el Pacífico en la disputa estratégica entre la República Popular China y los Estados Unidos en la coyuntura geopolítica actual. Se afirma que la nueva administración norteamericana encabezada por Joe Biden Jr. ha retornado a la estrategia del *pivote asiático* impulsada por Barack Obama, llevando adelante distintas políticas tendientes a fortalecer su presencia en la región. En contraste, el gobierno chino se ha enfocado en afianzar la relación económica y política con sus vecinos, buscando lograr mayores grados de autonomía geopolítica.

PALABRAS CLAVE: China, Estados Unidos, Asia Oriental y el Pacífico, pivote asiático, geopolítica.

The Asia-Pacific as a strategic region in the China-US dispute

Abstract

This article aims to analyze the relevance acquired by the East Asia and Pacific region in the strategic dispute between the People's Republic of China and the United States in the current geopolitical situation. The new US administration headed by Joe Biden Jr. has returned to the strategy of the *Asian pivot* promoted by Barack Obama, conducting different policies aimed at strengthening its presence in the region. In contrast, the Chinese government has focused on strengthening the economic and political relationship with its neighbors, seeking to achieve greater degrees of geopolitical autonomy.

KEYWORDS: China, United States, East Asia and the Pacific, Asian pivot, geopolitics.

Recibido: 4.1.22/ Evaluado: 10.1.22 /Aprobado: 20.1.22

1. Introducción

El orden internacional atraviesa actualmente transformaciones profundas que están alterando el escenario geopolítico estructurado luego de la segunda posguerra y la posterior caída de la URSS, y en donde se vislumbran cambios tectónicos que pueden implicar desplazamientos y reconfiguraciones de poder a nivel global (Actis y Creus, 2020; Serbin, 2019).

Estas transformaciones dan lugar a una crisis de grandes magnitudes en el sistema mundial contemporáneo, crisis que denota que un determinado orden mundial ha dejado de expresar la correlación de fuerzas que le dio origen. Ramonet (2011), en este sentido, señala que atravesamos una suma de crisis interconectadas, que abarcan lo tecnológico, lo económico, lo comercial, lo político, lo social, lo climático, lo cultural, lo ético, lo moral, lo sanitario, etc., y en donde los efectos de unas son las causas de otras, hasta formar un verdadero sistema, por lo que el autor señala que nos encontramos ante una *crisis sistémica* del orden mundial configurado luego de la Segunda Guerra Mundial. Desde distintas perspectivas, esta situación es definida como “caos global” (Bringel, 2020) “caos sistémico” (Martins, 2014) o “un mundo en estado de desorden” (Haass, 2017), al observarse conflictos, tensiones y realineamientos geopolíticos a escala global. En este sentido, una de las características centrales de este proceso es la aparición de nuevos actores que contribuyeron a desencadenar una triple crisis: de las relaciones sociales de producción fordistas, en el sistema interestatal de orden mundial y en la potencia hegemónica que ordenó el mundo luego de la caída de la Unión Soviética, los Estados Unidos.

La crisis de hegemonía de los Estados Unidos se da en simultáneo con el cambio del centro del dinamismo económico mundial hacia el Asia Pacífico, el cual es presentado por Arrighi (2007) como el cambio más rápido y revolucionario de la historia de la humanidad y la “señal más inequívoca del advenimiento de una nueva era”. Giaccaglia (2016), por su parte, afirma que “Asia se ha convertido en el nuevo centro de gravedad mundial [...] un despertar con el advenimiento de nuevas ideas y, por ende, de una nueva forma de pensar el mundo”. Producto de estas transformaciones, Molina Díaz, Robaina García y Regalado Florido (2021, p.78) afirman que el “el futuro de la geopolítica mundial se decidirá en Asia-Pacífico”.

La centralidad que está tomando Asia Oriental y el Pacífico en el plano económico y geopolítico global se ve certificada por el cambio de la estrategia de la nueva administración norteamericana encabezada por Jo-

seph “Joe” Biden Jr., que ubica a esta región como eje central de la política exterior estadounidense (Myre, 2021). Esta decisión representa un cambio de estrategia respecto de la adoptada por las administraciones republicanas de George W. Bush (2001-2009) y Donald Trump (2017-2021) y un retorno a la estrategia adoptada durante la presidencia de Barack Obama (2009-2017), conocida como *pivote asiático*. El pivote asiático expresó un “reconocimiento” (materializado en un giro en las prioridades estratégicas) del papel de Asia oriental como el principal motor del crecimiento económico mundial y el reforzamiento de China como potencia con capacidad para competir globalmente (Domínguez López, 2021).

Frente al *pivote asiático* impulsado por el establishment del Partido Demócrata en los Estados Unidos, el gobierno chino ha diseñado una estrategia tendiente a fortalecer las relaciones en múltiples dimensiones con los países de su región más próxima, impulsando instituciones que consoliden la articulación regional. En un contexto de reposicionamiento de la región en materia geopolítica y económica global, asegurar la estabilidad en materia de seguridad y la dinámica comercial representa un desafío fundamental para todos los países de la región.

En este marco, el presente artículo se propone analizar la relevancia adquirida por la región de Asia Oriental y el Pacífico en la disputa estratégica entre la República Popular China y los Estados Unidos en la coyuntura geopolítica actual. Para ello, se realizará en primer lugar un análisis del proceso de reconfiguración geopolítica, crisis hegemónica y transición sistema en el escenario global contemporáneo. En segundo lugar, se expondrán las características principales del cambio del centro del dinamismo económico y geopolítico desde el Atlántico hacia el Pacífico, específicamente a la región de Asia Oriental y el Pacífico. A partir de ello, se analizarán las estrategias adoptadas por la administración Biden en Estados Unidos y por el gobierno de la República Popular China en la región. Finalmente, se expondrán algunas consideraciones finales.

2. Reconfiguración geopolítica, crisis hegemónica y transición sistémica

Recuperando los aportes de Gramsci, Cox (2016) señala que los órdenes mundiales están fundamentados en relaciones sociales de producción, por lo que un cambio en las relaciones sociales conlleva necesariamente un cambio estructural significativo en la forma de organización mundial. En este sentido, una de las características centrales de este proceso es la aparición

de nuevos actores que contribuyeron a desencadenar una triple crisis: de las relaciones sociales de producción fordistas, en el sistema interestatal de orden mundial y en la potencia hegemónica que había ordenado el mundo luego de la caída de la Unión Soviética, los Estados Unidos.

La revolución tecnológica de la década de los setenta tuvo varios impactos no solo económicos, sino también políticos y sociales. En términos económicos, estas transformaciones permitieron iniciar un proceso de relocalización de la inversión que conllevó una descentralización de parte de la industria, utilizando las ventajas competitivas de la fuerza de trabajo en el mundo para redireccionar los flujos de inversión productiva (Martins, 2014), produciendo una reestructuración radical de las relaciones económicas internacionales (Marini, 1997). La transición del centro del dinamismo económico mundial desde los Estados Unidos al Asia Pacífico es una de las características centrales de este proceso.

Esto produjo que, por un lado, aumentara fuertemente la tasa de ganancia de las compañías y grupos financieros transnacionales y, por el otro, se redujeran las tasas de inversión en las potencias centrales, que comenzaron un proceso de estancamiento de su PBI, mientras que la mudanza de fábricas redituó en un aumento de su desempleo. Es en este contexto que comenzó a desarrollarse una nueva forma de organizar la producción social en el capitalismo, a partir de un salto en la escala del capital, un salto tecnológico, un cambio en su composición y en su forma de organización (Dierckxsens y Piqueras, 2018). Este salto en la productividad del capital permitió inaugurar un proceso de transnacionalización económica que dio lugar a la generalización de las cadenas globales de valor y a un sistema productivo interconectado global. Como resultado de ello, grandes corporaciones nacidas en los Estados Unidos como Apple producen hoy la mayor parte de sus dispositivos en China, además de tener fábricas en Tailandia, Corea del Sur, Singapur y Filipinas,¹ mientras que algunas encuestas señalan que el 75% de las empresas de origen norteamericano tienen algún componente de sus productos fabricados en China.²

El proceso de des (o “re”) localización industrial y financiera desde los países centrales hacía las regiones emergentes se produjo a través de dos mecanismos básicos: por un lado, el *offshoring*, es decir, el emplazamiento de centros de producción controlados y gestionados por las transnacionales globales en territorios con costos de producción más bajos. Por otro lado, el *outsourcing*, esto es, la subcontratación de determinados eslabones del proceso de producción a empresas provenientes de los países en donde las transnacionales se radicaron, a la par de la concentración del diseño, la

promoción y la comercialización en las empresas contratantes (Domínguez López, 2021).

El desarrollo de las corporaciones transnacionales a partir de la década de los setenta del siglo pasado, entonces, apuntaló el proceso de globalización y contribuyó a impulsar la liberalización económica y la transnacionalización, incluso en contraposición o por encima de los intereses de los Estados y de la soberanía nacional (Serbin, 2019). Martins (2014) señala que estos procesos contribuyeron a generar un desplazamiento del eje de poder en la división internacional del trabajo, que se reflejó en una pérdida de competitividad de las potencias centrales producto de la reducción de su participación relativa en las exportaciones mundiales y fuerte déficit comercial.

Cox (1993) afirma que cuando se produce un cambio en las relaciones de producción, que genera nuevas fuerzas sociales, se produce un desajuste de la hegemonía vigente, por lo que Arrighi (2007) sostiene que estamos atravesando una crisis de la hegemonía norteamericana. Para sostener esta afirmación, Arrighi recupera la noción gramsciana de hegemonía, entendiéndola como el poder adicional del que goza un grupo dominante en virtud de su capacidad de impulsar la sociedad en una dirección que no sólo sirve a sus propios intereses, sino que también es entendida como provechosa por los grupos subordinados. La crisis de hegemonía se produce cuando el Estado hegemónico vigente carece de los medios o de la voluntad para seguir impulsando el sistema interestatal en una dirección que sea ampliamente percibida como favorable, no sólo para su propio poder, sino para el poder colectivo de los grupos dominantes del sistema (Arrighi, 2007). Es decir, la crisis de hegemonía en términos geopolíticos implica la incapacidad del actor hegemónico de presentar su interés particular como si fuera el interés general de todo el sistema internacional (por ejemplo, la liberalización económica, financiera y comercial, la democracia liberal, su rol como gendarme global, los valores y la forma de vida occidental como patrón civilizatorio universal, etc). En este marco, los Estados Unidos comenzaron a perder su capacidad de “liderar” el sistema internacional en una dirección que reproduzca los patrones de dominación establecidos luego de la segunda guerra mundial. Esta situación podemos observarla al analizar brevemente tres componentes de la condición hegemónica estadounidense: la supremacía técnico-militar, la supremacía económica y la supremacía ideológica-cultural.

En relación a la primera (la supremacía técnico-militar), no hay dudas de que Estados Unidos sigue siendo la principal potencia bélica del planeta. Según datos del Banco Mundial, en 2020 su gasto militar ascendió a 778 mil millones de dólares, siendo el país que más gastó en este ítem,

superando a los 12 países siguientes juntos, y tiene además una red de 800 bases militares distribuidas por todo el mundo. Sin embargo, el hecho de poseer esta fuerza material armamentística no nos dice nada sobre su efectividad a la hora de aplicarla. Arrighi (2007), en este sentido, señala las dificultades del ejército norteamericano por imponerse militarmente en sus incursiones en Irak y Afganistán, e incluso Wallerstein (2006) afirma que el ejército norteamericano no ha tenido la capacidad de triunfar en ningún conflicto militar importante en los últimos años. Es en este contexto que los Estados Unidos están perdiendo su capacidad de disciplinar a los actores contrahegemónicos o revisionistas mediante la fuerza militar. A su vez, Dierckxsens y Formento (2019) afirman que el acelerado crecimiento del gasto militar estadounidense es una señal de su declive (los autores denominan a este proceso como *perestroika norteamericana*), en tanto destinar semejante cantidad de recursos a gastos improductivos (es decir, que no recirculan en el proceso de producción) profundiza el estancamiento que ya vive la economía norteamericana desde hace varios años.

Sin embargo, el componente técnico-militar es sólo una de las dimensiones de la crisis de hegemonía estadounidense. De hecho, lo técnico-militar está vinculado en mayor medida con la capacidad de ejercer la coerción, por lo que, para hablar de hegemonía, debemos incorporar la crisis en los mecanismos de construcción de consenso, la otra dimensión de la hegemonía.

En este sentido, la perspectiva de Taylor y Flint (2002) sobre la hegemonía pone el foco en la dimensión económica. Los autores señalan que un Estado es hegemónico cuando se hace con la mayoría del potencial económico de la economía-mundo, en tanto la eficacia en la producción económica conlleva el dominio del comercio global que, a su vez, proporciona ingresos que aseguran el dominio financiero de la economía-mundo. En este sentido, otro aspecto fundamental de la crisis de hegemonía estadounidense es que su territorio dejó de ser el centro del dinamismo económico global.

Hay que decir que Estados Unidos sigue siendo un actor protagónico en la economía global. Según el Banco Mundial, la economía norteamericana expresa hoy el 24% del PBI mundial en términos nominales, lo que la posiciona como la economía más grande del mundo. Por otra parte, el dólar se erigió como moneda de pago de referencia a nivel internacional tras los acuerdos de Bretton Woods en 1944, y en 2019 un 88% del comercio global se realizó en la divisa norteamericana (Fernández, 2021). Es por ello que Estados Unidos seguirá siendo en los próximos años una región económicamente importante del sistema internacional.

Sin embargo, si consideramos que los Estados Unidos representaban casi el 50% del PBI global luego de la segunda guerra mundial, vemos que en las últimas décadas se ha ido reduciendo esa proporción hasta llegar incluso a ser superado por China en términos de paridad del poder adquisitivo. Gran parte de este proceso se vio incentivado por los procesos de *offshoring* que mencionamos anteriormente. Por ende, Estados Unidos es hoy económicamente importante, pero ya no hegemónico.³

Por otra parte, la crisis de hegemonía en el plano ideológico-cultural se expresa en la deslegitimación del “sueño americano” y los valores occidentales como paradigmas civilizatorios para la humanidad. A su vez, el paradigma occidental se ha demostrado incapaz de afrontar los grandes problemas que aquejan a la humanidad, como el desempleo, la pobreza, la crisis medioambiental y la desigualdad. En este sentido, Wallerstein (2006) señala que la crisis de hegemonía estadounidense en el plano económico y la utilización infructuosa cada vez más frecuente de su arsenal bélico para disciplinar a los estados insubordinados del sur global ha profundizado el “sentimiento antiestadounidense” en las periferias del sistema-mundo.

Finalmente, un último plano de la crisis de hegemonía norteamericana estaría vinculado con la dimensión institucional. Cox (2016) señala que, para convertirse en hegemónico, un Estado debe fundar y proteger un orden mundial que fuera universal en su concepción, donde la mayoría de los otros Estados puedan encontrarlo compatibles con sus intereses. En este sentido, la hegemonía a nivel internacional no es simplemente un orden entre estados, sino que incluye un modelo de producción dominante que penetra todos los estados y los vincula a otros modelos de producción subordinados, es también un complejo de relaciones internacionales que conectan las clases sociales de los diferentes países, y se expresa en normas universales, instituciones y mecanismos que establecen reglas generales de comportamiento para los Estados y para aquellas fuerzas sociales que actúan más allá de las fronteras nacionales. En este marco, la crisis de hegemonía del actor dominante implica necesariamente la crisis de hegemonía de todo el andamiaje social, económico, político e institucional que ese actor montó para reproducir su condición de actor hegemónico.

Cox (1993) señala que las instituciones son cristalizaciones de relaciones de fuerzas sociales en un momento específico, por lo que las instituciones (cualesquiera que sean) fijan y a su vez reproducen un determinado patrón de dominación. En este sentido, las instituciones no tienen vida propia por fuera de las relaciones de fuerza que expresan, por lo que cuando se produce un cambio en estas relaciones de poder, las instituciones crujen, se ven

afectadas. Este sería el caso del sistema de instituciones creadas luego de la segunda guerra mundial, entre ellas el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial, la Organización Mundial del Comercio, la Organización Mundial de la Salud, el Consejo de Seguridad de la ONU, entre otras, que ya no tienen la capacidad de reproducir el *status quo* por el que fueron creadas y carecen de legitimidad para imponer un determinado orden social. Arrighi (2007) incorpora, a su vez, la distinción entre las crisis de hegemonía que pueden resolverse en el corto plazo (las “crisis-señal”) y las crisis de hegemonía que dan lugar a una crisis estructural del polo dominante (las “crisis estructurales”). A partir de ello, el autor señala que desde la década de los setenta asistimos a una agudización de las “crisis-señal” que dan lugar cada vez más a una posible crisis estructural de la hegemonía norteamericana. En este lapso, Arrighi señala que nos encontramos en un período de “dominación sin hegemonía”, donde los Estados Unidos mantienen su primacía en algunos resortes del poder mundial, pero no tienen la capacidad de imponer su proyecto estratégico.

Brzezinski (1998), por su parte, afirma que fueron la vitalidad política, la flexibilidad ideológica, el dinamismo económico y el atractivo cultural las dimensiones que permitieron a Estados Unidos convertirse en el centro hegemónico del capitalismo mundial. Estas dimensiones son las que entraron en crisis y habilitan un declive de la hegemonía estadounidense. En relación a la vitalidad política, Formento y Dierckxsens (2017) exponen la fragmentación que existe en las elites estadounidenses, entre aquellos sectores que expresan el continentalismo de corte expansionista, representados en el Tea Party republicano, y los sectores que expresan la propuesta globalista y multilateralista representados en el ala progresista del Partido Demócrata (más adelante veremos cómo se expresa esta fractura en las distintas estrategias en torno al rol de Estados Unidos en el Asia-Pacífico). A su vez, como vimos arriba, Estados Unidos ha dejado de ser el centro de dinamismo económico del sistema internacional e incluso ha perdido su ventaja comparativa dentro de las tecnologías de la información (el cual Brzezinski describe como un sector estratégico). De este modo, Estados Unidos estarían perdiendo la primacía en lo que Brzezinski describe como los factores claves del poder global; y, haciendo un paralelismo con la crisis de hegemonía de la Unión Soviética a fines de los ochenta y principios de los noventa, Brzezinski afirma que “el declive económico lleva a la desmoralización ideológica” y, en ese marco, Estados Unidos podría perder la percepción internacional “como una representación del futuro, como una sociedad digna de admiración y que merecía ser emulada”.

En este marco, podemos afirmar que la crisis tendencial de la hegemonía estadounidense se dio a partir de dos procesos simultáneos. Por un lado, la configuración de las corporaciones transnacionales globales como nuevo actor de poder en el sistema mundial, las cuales dejaron de estar “contenidas” por el Estado-nación norteamericano. En segundo lugar, la crisis de hegemonía de la potencia dominante, señala Arrighi (2007), debe ir acompañada del surgimiento de nuevos liderazgos globales dispuestos y capaces de asumir la tarea de ofrecer soluciones a escala sistémica a los problemas sistémicos que deja la hegemonía en declive. En este sentido, es fundamental para la profundización de la crisis de hegemonía estadounidense el proceso de insubordinación relativa en las periferias del sistema mundo moderno, que comenzaron a criticar activamente la configuración del orden mundial contemporáneo y a articularse para conformar propuestas alternativas.

Partiendo de estas transformaciones, distintos autores van a conceptualizar el momento geopolítico actual como un proceso de “transición” que tiene diferentes escalas, características y posibles devenires. Sanahuja (2007) afirma que esta transición está relacionada con los cambios de naturaleza estructural del orden mundial, así como de las fuentes del poder y en los actores que operan en el sistema. El creciente peso económico de las potencias emergentes, transformado paulatinamente en protagonismo político y geopolítico, ha alentado un cambio de la configuración de fuerzas en el escenario internacional, que ha hecho que el centro de gravedad mundial ya no esté en los países del centro capitalista (Rodríguez Hernández, 2014).

Turzi (2017), a su vez, afirma que nos encontramos ante un proceso de cambio estructural en el que se superponen cinco grandes transiciones. En primer lugar, un proceso de transición económica, caracterizado por un desplazamiento del centro de gravedad de la economía mundial desde las potencias centrales hacia las economías emergentes y en desarrollo, las cuales contribuyeron a más del 80% del crecimiento global desde la crisis financiera de 2008. En segundo lugar, un proceso de transición tecnológica, en donde la pugna por encabezar la revolución tecnológica juega un papel fundamental. Tercero, un proceso de transición política, vinculado con el ascenso del protagonismo de los países del Sur global en la discusión de los temas de agenda global. En cuarto lugar, proceso de transición geopolítica, donde el centro de gravedad de la geopolítica mundial se desplaza del Atlántico al Pacífico. Finalmente, un proceso de transición en clave cultural o civilizatoria, a partir de la crisis del sistema mundo moderno occidental y un (re) ascenso del sistema de valores e ideas orientales. Algo similar sugiere

Harvey (2004), cuando afirma que estamos en el medio de una transición fundamental hacia la constitución de Asia como el centro hegemónico del poder global.

Martins (2014) afirma que actualmente atravesamos un proceso de “bifurcación de poder”, mientras que Moure (2014), por su parte, incorpora la distinción entre “transición de poder” y “sucesión hegemónica”. Mientras que la primera supone el incremento relativo del poder material por parte de un actor (o grupo de actores) determinado, entramos en un proceso de sucesión hegemónica cuando existe una aceptación generalizada de otros actores del sistema internacional en el nuevo ordenamiento mundial propuesto. Brzezinski (1998), por su parte, se refiere a estas transformaciones como “desplazamientos tectónicos en los asuntos mundiales”. Dussel (2014) se refiere a este proceso como “transición agónica”, caracterizada por la crisis terminal de un orden hegemónico y el proceso avanzado de sucesión hacia uno nuevo.

3. El cambio del centro de gravedad de la economía mundial hacia el Pacífico

La crisis de hegemonía de los Estados Unidos se da en simultáneo con el cambio del centro del dinamismo económico mundial hacia el Asia Pacífico, el cual es presentado por Arrighi (2007) como el cambio más rápido y revolucionario de la historia de la humanidad y la “señal más inequívoca del advenimiento de una nueva era”. Marini (1997) señala que los grandes cambios en el sistema internacional suelen producirse a partir de calamidades naturales, crisis sociales o por las crisis periódicas del sistema capitalista. Estas crisis, señala el autor, provocan la centralización de los medios de trabajo, eliminan los procesos productivos menos eficientes, promueven el empleo más intensivo, etc., formando las masas de recursos requeridas para promover el desarrollo de las nuevas tecnologías y mejorar así las condiciones de competitividad. Recuperando lo planteado por Marini, vemos que la crisis actual combina y articula una crisis profunda económica y financiera en el corazón del sistema capitalista (cuya máxima expresión fue la crisis financiera global de 2007-2008), la multiplicación de crisis en el plano social producto de la exacerbación de la desigualdad en el plano internacional y una extrema calamidad “natural” como la expresada a partir de la pandemia de Covid-19, que

ha catalizado y profundizado gran cantidad de procesos preexistentes (Schulz, 2021).

El ascenso del dinamismo económico experimentado por los países del Asia Oriental y el Pacífico (AOP)⁴ durante las últimas décadas es un fenómeno ampliamente estudiado por economistas y analistas internacionales. Según datos del Banco Mundial, para 1965, los Estados Unidos representaban el 37% de la economía mundial, Europa occidental el 23% y el AOP el 11%. Para 2019, el AOP representaba ya el 30%, mientras que los Estados Unidos habían caído al 24% y Europa occidental al 17%, en una secuencia que tiende a profundizarse más que a estabilizarse. Como vemos, este crecimiento del volumen económico de las naciones del AOP se produjo a expensas de las regiones del Norte global, especialmente de los Estados Unidos y Europa Occidental, quienes mermaron paulatinamente el tamaño de sus economías en relación al PBI mundial. Estos datos se ven expresados también en el crecimiento anual del PBI de estas regiones en los últimos cuarenta años. Mientras que los países del AOP en su conjunto crecieron a un ritmo promedio anual de 4,4% entre 1980 y 2019, los países del Norte global lo hicieron en un 2,2%. El Asia Oriental y el Pacífico, además, concentra el 47% de la población mundial y contiene a cuatro de las diez economías más importantes del planeta.

Este desplazamiento del centro del dinamismo económico desde el Occidente hacia el Oriente y desde el Norte global hacia regiones específicas del Sur global significó en la práctica el desplazamiento de los centros de producción manufacturera global, con consecuencias geoeconómicas y geopolíticas estructurales en el sistema internacional. En este proceso, el AOP pasó a representar en su conjunto el 53% de la producción manufacturera global mientras que Estados Unidos representó el 16% y Europa occidental cerca del 22%.⁵

La masificación de las Cadenas Globales de Valor profundizó este proceso, y gran cantidad de corporaciones multi y transnacionales deslocalizaron determinados componentes de su producción ubicándolas en regiones con salarios más bajos y mercados más prometedores. Este proceso de radicación de producción de empresas

transnacionales en mercados emergentes fue acompañado por un crecimiento de la presencia de empresas nacionales de propiedad privada y/o estatal que comenzaron a competir en sectores de alta tecnología, dándole a este nuevo protagonismo económico de AOP un carácter cualitativamente superior (Girado, 2021). De este modo, si tomamos como ejemplo la producción de smartphones, vemos que hoy nueve de las diez empresas más grandes del mundo son originarias de países del Asia Oriental.⁶

Entonces, como venimos señalando, no solo se ha producido un paulatino desplazamiento del dinamismo económico hacia el AOP, sino que el mismo incluye además sectores de alta tecnología. Esto llevó afirmar al secretario de Estado a que:

...el ascenso de China -y de Asia- traerá, durante las próximas décadas, un reordenamiento sustancial del sistema internacional. El centro de gravedad de los asuntos mundiales se está desplazando del Atlántico, donde estuvo alojado durante los últimos tres siglos, al Pacífico (Kissinger, 2005).

Giaccaglia (2016), por su parte, afirma que: “Asia se ha convertido en el nuevo centro de gravedad mundial [...] un despertar con el advenimiento de nuevas ideas y, por ende, de una nueva forma de pensar el mundo”. Producto de estas transformaciones, Molina Díaz, Robaina García y Regalado Florido (2021, p.78) afirman que el “el futuro de la geopolítica mundial se decidirá en Asia-Pacífico”.

Arrighi (2007) señala que el desplazamiento del centro del dinamismo económico mundial hacia el Asia Pacífico no es un fenómeno nuevo, sino que se ha producido mediante lo que autor denomina como “un proceso de bola de nieve”, en el cual se encadenaron paulatinamente períodos de gran crecimiento económico en distintos países de la región, comenzando por Japón (décadas del cincuenta y sesenta), Corea del Sur, Taiwán, Hong Kong, Singapur, Malasia, Tailandia y, finalmente, la República Popular China. Sin embargo, Arrighi señala también la extrema dependencia de los Estados Unidos que tuvieron las naciones asiáticas luego de la segunda guerra mundial, a partir de la ocupación militar de Japón en 1945, la división de las Coreas, la protección militar a Taiwán y Filipinas, la ocupación británica de Hong Kong, etc., lo que convertía a los mismos en Estados semisoberanos bajo la esfera de influencia occidental.

A diferencia de los procesos de crecimiento económico de los países del Asia Pacífico en los ochenta y noventa, Jaimarena, Merino y Narodowski (2019) señalan que el ascenso de los países de la región se realiza ahora contando con mayores grados de autonomía, en un contexto global caracterizado como de “multipolarismo relativo” (Echenique Romero y Narodowski, 2019). Esta situación es que habilita pensar la posibilidad de una nueva “Gran Divergencia” (Arrighi, 2007), caracterizada por un ascenso acelerado del Asia Oriental y un declive igualmente rápido del poder de las potencias occidentales.

Arrighi (2007) afirma que China ha sido el principal beneficiario de la crisis de hegemonía de los Estados Unidos, mientras que Jaimarena, Merino y Narodowski (2019) señalan, en un sentido similar, que China es un nuevo centro dinámico de la economía mundial, que retorna y aumenta su capacidad de desafiar el orden mundial. A su vez, China ha aumentado su influencia en el Asia Oriental, impulsando lo que Arrighi (2007) denomina como: “Consenso de Pekín”, que se caracteriza por la reivindicación de las estrategias nacionales de desarrollo y la importancia de la cooperación interestatal para construir un nuevo orden global basado en la interdependencia económica pero respetuoso hacia las diferencias políticas y culturales. Echenique Romero y Narodowski (2019) señalan, asimismo, que China actualmente además de ser un importante centro productivo global coordina el proceso productivo de la región, transfiere tecnología, vende insumos, compra productos semiterminados y en ocasiones también compra energía.

De este modo, estos procesos generan un realineamiento del orden geopolítico contemporáneo o, en palabras de Bzezinski (1998, p.11), un “desplazamiento tectónico en los asuntos mundiales”, donde Eurasia vuelve a ocupar la primacía económica y geopolítica del sistema internacional. Esta situación es particularmente preocupante para el geoestratega norteamericano, en tanto Eurasia es considerado por él como el “tablero en el que la lucha por la primacía global sigue jugándose” y, en este marco, “la primacía global de los Estados Unidos depende directamente de por cuánto tiempo y cuán efectivamente puedan mantener su preponderancia en el continente euroasiático” (Bzezinski, 1998, p.39).

La situación más peligrosa para Brzezinski es aquella en la que se logre configurar una alianza con pretensiones soberanistas entre los jugadores geoestratégicos⁷ (entre los que menciona China, Rusia y la India) y los pivotes geopolíticos⁸ (menciona a Japón, Indonesia y Corea del Sur) del Asia Oriental, que merme la capacidad de influencia de los Estados Unidos en la región. En este marco, Brzezinski menciona la importancia de Japón (al

que el autor define crudamente como un “protectorado estadounidense”), afirmando que la alianza entre Estados Unidos y Japón es “la relación bilateral más importante para los Estados Unidos” (Brzezinski, 1998, p.53) y que cualquier intento de Japón de alejarse de los Estados Unidos para acercarse al resto de los países de la región (principalmente China) “podría significar el fin del papel estadounidense en la región de Asia-Pacífico” (Brzezinski, 1998, p.195) y, por lo tanto, en el tablero global.

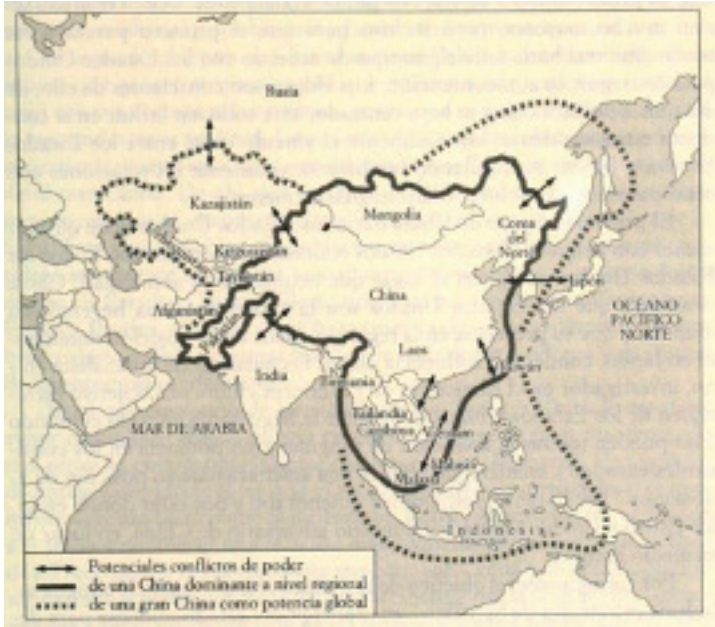
Otro actor mencionado por Brzezinski es Corea del Sur, el cual es definido como “un pivote geopolítico del Lejano Oriente” (Brzezinski, 1998, p.55) y un socio estratégico de los Estados Unidos, por lo que una eventual reunificación de las Coreas o un acercamiento de Corea del Sur con China significaría un golpe a las pretensiones hegemónicas de Estados Unidos en Eurasia.

De esta manera, uno de los peligros más importantes señalados por Brzezinski es que China logre superar su influencia sobre la línea estratégica señalada por el autor como el límite entre una China como actor de peso regional y una China como potencia global. Como observamos en el Mapa n° 1, una China “contenida” se limitaría a expandir su influencia sobre Mongolia, Pakistán, Corea del Norte y parte del sudeste asiático (Myanmar, Tailandia, Camboya, Laos, Vietnam, Malasia). Una China peligrosamente influente sobre el Asia Oriental y con capacidad de proyección de poder sobre el tablero global incluiría además a Kazajstán, Kirguistán, Tayikistán y el este de Afganistán (los cuales ya están siendo articulados hoy a partir de la Iniciativa de la Franja y la Ruta), el oriente ruso, Corea del Sur e Indonesia (estos dos últimos miembros del recientemente firmado RCEP y del Banco Asiático de Inversiones en Infraestructura, sobre los que volveremos más adelante).

En este “peligroso” esquema señalado por Brzezinski, en donde China adquiere capacidad de influencia global, quedan afuera incluso actores que China ya viene articulando, como la India (que si bien no es parte del RCEP ni de la Iniciativa de la Franja y la Ruta, si es parte del Foro BRICS, del Banco Asiático de Inversiones en Infraestructura y de la Organización para la Cooperación de Shanghái), Japón y Australia, que si son miembros del RCEP. Como observamos, a más de 20 años del trabajo de Brzezinski, las amenazas señaladas por el autor parecen estarse cumpliendo, incluso a un nivel mucho más profundo que el señalado por el propio estratega.

MAPA

ALCANCE POTENCIAL DE LA ESFERA DE INFLUENCIA CHINA Y PUNTOS DE COLISIÓN,
SEGÚN BRZEZINSKI (1998).



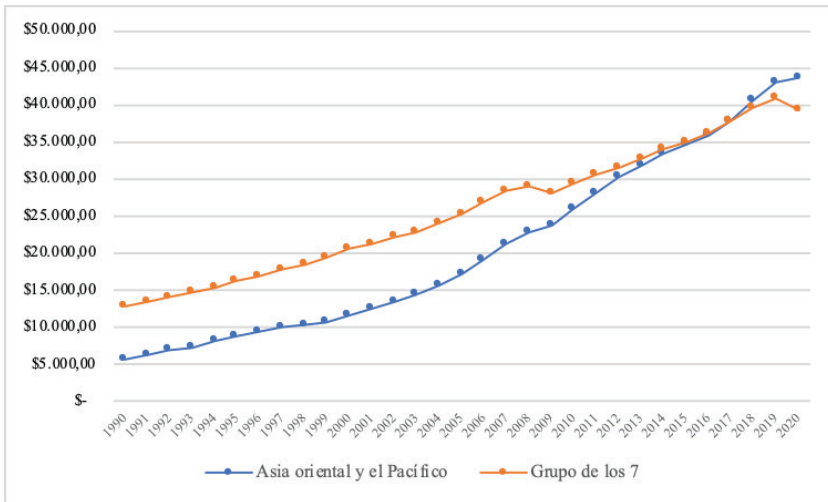
FUENTE: Brzezinski (1998).

Según se observa en el Gráfico N°1, la participación en la economía mundial de los países del Asia Pacífico ha aumentado progresivamente en los últimos 30 años, reduciendo aceleradamente la brecha que lo separa de las economías desarrolladas del G7. De hecho, en 2017 la región del Asia Pacífico superó a las economías avanzadas como las mayores aportantes al PBI global, ampliando la brecha en los años subsiguientes. Este mismo patrón podemos observarlo al comparar los países del AOP con Estado Unidos y la Unión Europea. En 1960, los países del AOP expresaban el 11,2% de la economía mundial, los países de lo que luego sería la Unión Europea el 17,6%, Estados Unidos el 39,1% y el resto del mundo el 32%. Para 1980, la participación de Estados Unidos había descendido al 27%, el AOP había crecido al 17,2%, la Unión Europea representaba el 24,6% y el resto del mundo se mantenía en torno al 30,8%. Para 1993 la participación de los cuatro subgrupos ya era prácticamente igualitaria: Estados Unidos 26,5%,

la Unión Europea 26,1% y el AOP 25,4%. Luego de la crisis asiática de la segunda mitad de los noventa, donde la participación del AOP cayó al 22,5%, los países de Asia-Pacífico retomaron un ascenso sistemático y acelerado que los ubicó en el 32% en 2020, frente a un 24,7% de los Estados Unidos y un 18,1% de la Unión Europea.

GRÁFICO N°1

PIB, PPA (\$ A PRECIOS INTERNACIONALES ACTUALES) (1990-2020) (EN MMD)



FUENTE: Banco Mundial.

Otro dato importante a tener en cuenta es que el Asia Oriental y el Pacífico contiene a economías con un proceso de integración comercial muy grande. Como observamos en la Tabla n°1, resaltan los casos de Laos, Nueva Zelanda, Brunéi y Myanmar, cuyo comercio intrarregional asciende al 90%, 89,8%, 77,3% y 77,4% respectivamente. Incluso, a excepción de China, el resto de los países del Asia Oriental y el Pacífico poseen más del 50% de su comercio exterior con el resto de los países de la región.

Tabla N° 1
Porcentaje del Comercio Exterior (Exportaciones+Importaciones) entre Países
Seleccionados del Asia Oriental y el Pacífico (2019)

	China	Japón	Corea del Sur	Australia	Indonesia	Tailandia	Filipinas	Singapur	Malasia	Vietnam	Nueva Zelanda	Myanmar	Brunéi	Laos	Camboya	Reino de ACP ¹	TOTAL ACP
China		6,7%	5,9%	3,9%	1,8%	1,8%	1,2%	2,4%	2,1%	3,2%	0,4%	0,4%	0,0%	0,1%	0,2%	16,6%	46,8%
Japón	20,7%		5,4%	4,2%	2,3%	3,9%	1,6%	2,1%	2,2%	2,8%	2,0%	0,2%	0,2%	0,0%	0,2%	7,4%	55,0%
Corea del Sur	23,5%	7,0%		2,6%	1,5%	1,2%	2,1%	2,1%	1,7%	6,5%	0,3%	0,1%	0,0%	0,0%	0,1%	6,8%	54,7%
Australia	33,1%	11,4%	5,5%		1,6%	2,7%	0,5%	2,9%	2,8%	1,8%	2,3%	0,0%	0,0%	0,0%	0,1%	4,7%	69,4%
Indonesia	21,0%	8,7%	4,5%	2,2%		4,4%	2,4%	9,8%	4,6%	2,6%	0,4%	0,4%	0,0%	0,0%	0,2%	4,1%	65,3%
Tailandia	16,3%	11,5%	2,8%	2,9%	3,3%		2,1%	3,8%	5,0%	3,7%	0,5%	2,1%	0,1%	1,4%	2,0%	5,4%	63,0%
Filipinas	23,3%	9,9%	5,9%	1,2%	3,9%	4,5%		6,5%	3,2%	2,5%	0,3%	0,1%	0,1%	0,0%	0,1%	10,5%	72,0%
Singapur	15,8%	4,5%	3,5%	2,3%	5,5%	2,8%	2,2%		10,4%	2,0%	0,4%	0,6%	0,3%	0,0%	0,7%	12,3%	63,2%
Malasia	17,8%	6,1%	3,7%	2,8%	3,4%	4,8%	1,4%	13,4%		2,6%	0,4%	0,2%	0,2%	0,0%	0,2%	8,5%	65,6%
Vietnam	24,2%	6,9%	12,5%	1,6%	1,7%	3,1%	1,0%	2,2%	2,3%		0,2%	0,2%	0,1%	0,3%	1,0%	5,0%	62,3%
Nueva Zelanda	22,9%	33,1%	3,3%	14,3%	1,6%	2,9%	0,9%	3,2%	2,5%	1,5%		0,0%	0,0%	0,0%	0,0%	3,5%	89,8%
Myanmar	34,8%	4,5%	2,7%	0,3%	2,9%	18,7%	0,5%	7,4%	2,1%	2,1%	0,1%		0,0%	0,0%	0,0%	1,4%	77,4%
Brunéi	9,3%	21,2%	3,8%	7,2%	1,5%	5,2%	1,0%	13,2%	9,8%	2,5%	0,0%	0,0%		0,0%	0,2%	2,3%	77,3%
Laos	27,1%	2,1%	1,0%	0,4%	0,4%	44,8%	0,1%	0,6%	0,3%	13,1%	0,0%	0,0%	0,0%		0,2%	1,0%	90,9%
Camboya	16,4%	4,3%	2,0%	0,5%	1,3%	16,1%	0,2%	8,1%	1,5%	9,5%	0,1%	0,0%	0,0%	0,0%		3,4%	63,6%

FUENTE: Observatorio de Complejidad Económica (OEC).

Frente a esta situación, los países de la región han avanzado en crear estrategias de integración que permitan potenciar la articulación intrarregional, como la ASEAN en 1967 o, mucho más recientemente, el Regional Comprehensive Economic Partnership (RCEP). Los orígenes del RCEP se remontan a 2006, cuando los países de la ASEAN junto con China, Japón y Corea del Sur (ASEAN+3) comenzaron a estudiar el establecimiento de una asociación comercial entre las partes. Este esquema se complementó en 2007 cuando se incluyó en las negociaciones a Australia, Nueva Zelanda y la India (que finalmente no suscribió el acuerdo). Fue en 2011 que se propuso el nombre de RCEP para la asociación comercial (Hernández, 2019). Ese mismo año, la ex secretaria de Estado de los Estados Unidos, Hillary Clinton, pronunció el “giro hacia el Pacífico” de la política exterior estadounidense (Clinton, 2011).

Como podemos observar, Asia Oriental y el Pacífico es hoy el terreno donde se está dando el proceso más importante de reconfiguración geopolítica. Brzezinski (1998) afirmó que una alianza entre China, la India,

Japón, Corea del Sur, pondría en jaque la supremacía norteamericana en el Pacífico. Y si Estados Unidos no puede controlar el Pacífico, está en jaque su hegemonía a nivel global.

4. El retorno a la estrategia del *pivote asiático* de Joe Biden

La centralidad que está tomando Asia Oriental y el Pacífico en el plano económico y geopolítico global se ve certificada por el cambio de la estrategia de la nueva administración norteamericana encabezada por Joseph “Joe” Biden Jr., que ubica a esta región como eje central de la política exterior estadounidense (Myre, 2021). Esta decisión representa un cambio de estrategia respecto de la adoptada por las administraciones republicanas de George W. Bush (2001-2009) y Donald Trump (2017-2021) y un retorno a la estrategia adoptada durante la presidencia de Barack Obama (2009-2017), conocida como *pivote asiático*. Al respecto, se define al “pivote asiático” como un:

...intencionado y declarado giro de la política global de los Estados Unidos hacia la región Asia Pacífico sobre la base de un concepto estratégico de dominio único que involucra a otros países aliados e interesados, desde posiciones de subordinación, con extensiones de políticas multifacéticas de carácter duro y suave (Monzón, 2017, p.18).

El pivote asiático expresó un “reconocimiento” (materializado en un giro en las prioridades estratégicas) del papel de Asia oriental como el principal motor del crecimiento económico mundial y el reforzamiento de China como potencia con capacidad para competir globalmente (Domínguez López, 2021). El actual secretario de Estado Antony Blinken lo afirmó contundentemente cuando dijo que “lo que suceda en el Indopacífico, más que en cualquier otra región, conformará la trayectoria del mundo en el siglo XXI” (Blinken, 2021). El pivote asiático consistía en la afirmación de que los Estados Unidos debían prestar mayor atención a la dinámica geopolítica de la región e involucrarse más para tutelar los procesos de reposicionamiento de los actores allí presentes.

Los reiterados cambios de la estrategia en la política exterior de los Estados Unidos ponen de manifiesto las divergencias estructurales que existen en el establishment norteamericano. Taylor y Flint (2002) afirman, en este sentido, que una de las falencias de los análisis geopolíticos clásicos es que consideran que los Estados participan en los conflictos sin tener en cuenta su política interna. Es decir, los autores señalan que la política interna

de un Estado influye directamente en su proyección internacional. En este marco, Merino (2019) señala la existencia de una “fractura y polarización” que deviene en una “fisura política-estratégica” en el establishment estadounidense, entre las fracciones americanistas-neoconservadoras y las fracciones globalistas-neorrealistas, las cuales sostienen dos formas distintas de orden internacional y del lugar de Estados Unidos en él. Estas contradicciones entre ambas fracciones, señala Merino (2019), se agudizan hacia 1999-2001 deviniendo en antagonismos, el cual acelera el proceso de parálisis política y económica en Estados Unidos.

El *establishment* republicano, expresión de los sectores neoconservadores impulsores del *Project for the New American Century*, estuvieron desde el gobierno de Bush más enfocados en el Medio Oriente, ya que allí se encuentra, según Arrighi (2007), el grifo global del petróleo, recurso indispensable para sostener al dólar como moneda de referencia global. Además, el control norteamericano del Medio Oriente era visto como estratégico para controlar un recurso que China no posee en su territorio y que importa en gran medida de esta región.

El *establishment* demócrata, por otra parte, expresión de los grupos financieros transnacionalizados, modificaron sustancialmente esta estrategia. Su preocupación no está centralmente en el petróleo de Medio Oriente, sino en controlar la dinámica económica en el Asia Pacífico. Esto tiene que ver con las transformaciones en el proceso de producción capitalista mencionadas anteriormente, ya que muchas de las corporaciones transnacionales de origen estadounidense (fundamentalmente las tecnológicas) poseen hoy importantes componentes de su proceso de producción en el Asia Pacífico, principalmente en China.

Las fracciones globalistas, que ocuparon el gobierno de los Estados Unidos bajo la presidencia de Obama (2009-2017), reinstalaron en la agenda el multilateralismo-unipolar, el multiculturalismo y la creación de áreas comerciales y alianzas militares expansivas en la periferia euroasiática para contener la emergencia de rivales geopolíticos (Merino, 2019). En este marco, la entonces secretaria de Estado de los Estados Unidos Hillary Clinton afirmó que “Asia-Pacífico se ha convertido en un motor clave de la política global” por lo que “Asia es fundamental para el futuro de Estados Unidos” (Clinton, 2011). De este modo, la política exterior de Obama se centró en la disputa por el Pacífico, intentando generar una alianza similar a la OTAN (Jaimarena, Merino y Narodowski, 2019) e impulsando acuerdos multilaterales de comercio, inversión y regulación económica transnacional excluyendo a China (Merino, 2019). A su vez, la administración nortea-

mericana prestó mayor atención a las disputas en el Mar del Sur de China, donde el gigante asiático posee diferendos territoriales con varios de sus vecinos (Merino, 2016).

Monzón Barata (2017), señala que el origen de la estrategia del pivote asiático se remonta a las diferentes declaraciones oficiales, intervenciones y artículos publicados por funcionarios norteamericanos, entre los que se destaca las intervenciones de la ex jefa del Departamento de Estado Hillary Clinton en 2009, su artículo en la revista *Foreign Affairs*, “*America’s Pacific Century*”, de 2010, y más tarde en intervenciones sucesivas en Hanói (2010) y Filipinas (2011). Por otra parte, en noviembre de 2011 el entonces presidente Barack Obama señaló ante el parlamento australiano que Estados Unidos había “llegado para quedarse” en el Asia Pacífico (Vidal, 2011). Uno de los ideólogos más importantes del pivote asiático es Kurt Campbell, que ocupó el cargo de subsecretario de Estado de los Estados Unidos para Asuntos de Asia Oriental y el Pacífico durante la presidencia de Obama y actualmente fue designado como el principal asesor de Joe Biden para Asia en el Consejo de Seguridad Nacional. La visión de Campbell está expresada en su libro *The Pivot: The Future of American Statecraft in Asia* de 2016, donde afirma la necesidad de unir “instrumentos europeos y regionales” para abordar el “desafío chino” (Tuazon, 2021).

Al *establishment* demócrata, entonces, no le preocupa que el centro de gravedad de la economía mundial se desplace, en este caso, al Asia Pacífico, siempre y cuando ese dinamismo esté controlado por las propias redes transnacionales globales, a través del control de las grandes Bolsas de Valores asiáticas, control de los puertos y de las vías comerciales e impulsando la liberalización del comercio regional. El problema aparece cuando se dan procesos de insubordinación y pretensiones de lograr mayores grados de autonomía en los países de la región.

Es en este marco que los demócratas, bajo la administración de Barack Obama, impulsaron la creación del Acuerdo Transpacífico de Cooperación Económica (conocido como TPP, por sus siglas en inglés), que contemplaba a siete países de la región, excluyendo a China. El TPP se proponía como una arquitectura institucional que buscaba eliminar las barreras comerciales entre los países miembro, establecer un marco común de propiedad intelectual, reforzar los estándares de derecho del trabajo, derecho ambiental y establecer un mecanismo de arbitraje de diferencias (Lee, 2016). Domínguez López (2021) afirma que el TPP buscaba el objetivo de ubicar a los Estados Unidos como el eje de un sistema de áreas de libre comercio junto con la reconfiguración de las redes productivas y de valor.

Por otra parte, en los últimos años han proliferado distintos acuerdos entre los Estados Unidos y los países de la región que ponen el foco en la seguridad. Uno de ellos es el Diálogo de Seguridad Cuadrilateral (conocido popularmente como *Quads*), un foro de diálogo informal conformado por Estados Unidos, Japón, Australia y la India mediante la cual los países intercambian información de inteligencia y realizan ejercicios militares conjuntos en la región. Si bien el *Quads* se enmarca en la estrategia neoconservadora (de hecho, fue creado en 2007 bajo la administración Bush, suspendido luego de la llegada de Obama a la presidencia y reactivado con Trump), los objetivos del tratado concuerdan con la política exterior demócrata y el mismo ha sido reivindicado por Biden.

Otra alianza de seguridad importante es la conocida como *Five Eyes* (cinco ojos), que reúne a Australia, Canadá, Nueva Zelanda, Reino Unido y Estados Unidos. Si bien este acuerdo fue impulsado luego de la segunda guerra mundial y tenía objetivo contener a la Unión Soviética, la misma se sostiene hasta hoy en día a partir de la relevancia que ha pasado a ocupar el Asia Pacífico en la dinámica geopolítica global.

A su vez, más recientemente, Estados Unidos firmó con el Reino Unido y Australia un acuerdo para la construcción conjunta de submarinos de propulsión nuclear, acuerdo conocido como AUKUS (*Australia-United Kingdom-United States*). Esta alianza, cuyo objetivo es dotar a Australia de submarinos con capacidad de ataque de largo alcance, generó tensiones con Francia, con quien Australia ya había acordado la compra de submarinos por 56 mil millones de euros.

Estados Unidos cuenta además con una importante red de bases militares en la región, coordinadas a través del Comando del Indo-Pacífico (USINDOPACOM por sus siglas en inglés), el más grande de sus siete comandos y que incluye casi 300.000 efectivos militares del Ejército, Armada, Fuerza Aérea y la Infantería de Marina. Por otra parte, en esta región se asienta la Séptima Flota de los Estados Unidos, la cual cuenta en la actualidad con 60 buques y 350 aviones. El propio secretario de Estado estadounidense Antony Blinken afirmó que

(...) hay más miembros de nuestras fuerzas armadas destacados en la región que en cualquier otro lugar fuera de los Estados Unidos continentales, lo que garantiza la paz y la seguridad que han sido vitales para la prosperidad en la región y que nos benefician a todos (Blinken, 2021).

Este importante despliegue diplomático y militar se enmarca en la estrategia de construcción del llamado “Indopacífico libre, abierto y demo-

crático”, es decir una región sin insubordinaciones y tutelado por los sectores globalistas. La utilización del concepto de Indo-Pacífico, en reemplazo de Asia Pacífico, no es azarosa, sino que responde a una visión geopolítica de la región en su conjunto. En primer lugar, la idea de “Indo” incluye también al océano Índico, especialmente a la India, a quien Estados Unidos considera un aliado importante debido a volumen económico y demográfico y a su condición de excolonia británica. Por otra parte, eliminar la palabra “Asia” permite a su vez considerar a los Estados Unidos como parte del “Indo Pacífico”; en palabras del secretario de Estado Antony Blinken,

Estados Unidos ha sido, es y será siempre un país Indopacífico. Este es un hecho geográfico, desde nuestros estados de la costa del Pacífico hasta Guam, nuestros territorios del Pacífico. Y es una realidad histórica, demostrada por nuestros dos siglos de comercio y otros vínculos con la región (Blinken, 2021).

La reivindicación de un Indopacífico “abierto, libre y democrático” representa una crítica a la presencia cada vez más importante de actores considerados “antidemocráticos y autoritarios” como China y Rusia. En este sentido, Blinken afirmó que: “estamos decididos a garantizar la libertad de navegación en el mar de la China Meridional, donde las acciones agresivas de Beijing amenazan intercambios comerciales” (Blinken, 2021).

Con esas directivas, y bajo esta estrategia, la administración Biden ha impulsado distintas visitas de Estado a los países de la región en el último tiempo. En primer lugar, la vicepresidenta Kamala Harris realizó en agosto de 2021 una visita de Estado a Singapur y Vietnam, en donde afirmó que “tenemos que encontrar maneras de presionar e incrementar la presión sobre Pekín” (DW, 25/08/2021) y “vamos a hablar alto y claro cuando Pekín tome medidas que amenacen el orden internacional” (DW, 26/08/2021). En segundo lugar, el secretario de Estado Antony Blinken también visitó Indonesia, Malasia y Tailandia (esta última visita finalmente fue cancelada por contagios de Covid-19 en la comitiva) en diciembre de 2021, con el objetivo de “abordar los retos a la democracia y los derechos humanos” y “promover la libertad de navegación en el mar de la China meridional” (Voz de América, 13/12/2021). A su vez, Blinken también llevó el ofrecimiento de reubicar en estos países corporaciones norteamericanas que actualmente se encuentran en China, con el objetivo de fortalecer la relación económica entre Estados Unidos y los países de la región y romper los vínculos económicos con China (Pamuk y Brunnstrom, 2021).

Finalmente, la administración Biden ha aumentado sus vínculos diplomáticos con Taiwán, generando un fuerte descontento en el gobierno chino que denunció a los Estados Unidos de provocar conflictos en el estrecho y llamó a las autoridades estadounidenses a detener los intercambios oficiales y la venta de armamento a la isla (Xinhua, 18/08/2021). Taiwán es considerado por Beijing como parte inalienable de China, aunque actualmente esté ocupada por grupos rebeldes que se consideran gobernantes legítimos del país, en un conflicto que ya lleva más de setenta años. En este sentido, la “cuestión Taiwán” es vista por China como un tema de interés nacional, en tanto defender la soberanía sobre la isla implica salvaguardar la integridad territorial (algo muy presente en la idiosincrasia china). Por otro lado, la administración demócrata en Estados Unidos también es consciente de la relevancia geoestratégica de la isla en función de su ubicación, de poco más de 100 kilómetros que la separan de la China continental. Ejercer una función de “tutelaje” sobre Taiwán le permite a los Estados Unidos controlar (y eventualmente operar) una de las zonas de mayor tráfico marítimo mundial y de China en particular (el 90% del comercio chino se realiza por esta vía).

5. La estrategia de China en el Asia Oriental y el Pacífico

Frente al *pivote asiático* impulsado por los sectores globalistas y el establishment del Partido Demócrata en los Estados Unidos, el gobierno chino ha diseñado una estrategia tendiente a fortalecer las relaciones en múltiples dimensiones con los países de su región más próxima. De hecho, en el Libro Blanco “China y el mundo en la nueva era” publicado en septiembre de 2019, se señala que:

China ve a sus países vecinos como la base de su desarrollo y prosperidad. Da la máxima prioridad a la diplomacia de vecindad en los asuntos exteriores y considera la promoción de la paz, la estabilidad y el desarrollo regionales como su deber ineludible. (...) China continuará liderando la cooperación regional y salvaguardando la paz y el desarrollo regionales (SCIOPRC, 2019).

En un contexto de reposicionamiento de la región en materia geopolítica y económica global, asegurar la estabilidad en materia de seguridad y la dinámica comercial representa un desafío fundamental para todos los países de la región. Como observamos más arriba, con evidentes asimetrías, el ascenso del protagonismo económico y político del Asia Oriental y el Pacífico fue en bloque, es decir, generalizado para todos los países, por lo

que es dable pensar que un eventual declive podría ser también encadenado. De hecho, la crisis asiática de la segunda mitad de los noventa tuvo estas características, y la cada vez mayor interrelación en el comercio regional acentúa esta situación. Un corte abrupto del comercio o de las cadenas de suministro, un conflicto bélico que afecte la infraestructura regional, entre otros escenarios derivados de un posible escalamiento de las tensiones y conflictos geopolíticos, podría resultar sumamente nocivo para todos los países del Asia Oriental y el Pacífico.

Entre las políticas concretas tendientes a lograr este objetivo, una de las más importantes es la firma de la Asociación Económica Integral Regional (RCEP, por sus siglas en inglés) en noviembre de 2020. Es acuerdo no solo fortalece el vínculo comercial entre los países de la región, sino que también se propone profundizarlo todavía más. Wilson (2015) afirma que el RCEP surgió como respuesta directa los problemas percibidos por los Estados miembro en relación a su comercio mutuo, buscando cohesionar los acuerdos de libre comercio bilaterales existentes en la región en un único acuerdo más amplio. Según el autor, si para el 2000 existían solamente tres TLC entre países de la región, para 2014 ese número había aumentado a 40 y, si se incluyen los acuerdos no notificados a la OMC y en negociación, el recuento de "iniciativas de TLC" entre los gobiernos de Asia y el Pacífico aumentaba a 71. De este modo, Wilson (2015) afirma que la proliferación de TLCs y demás acuerdos comerciales en el Asia-Pacífico generó una superposición de diseños de marcos de cooperación económica y propósitos de la misma disímiles, causando que la arquitectura comercial de la región tenga la forma de un "tazón de fideos enredados" (Baldwin 2007), en donde cada acuerdo incluía (o excluía) distintos sectores, involucraba diferentes compromisos de desgravación arancelaria y creaba diferentes reglas para normas técnicas, reglas de origen, protección de inversiones, etc. Es a partir de esto que, según su acta constitutiva, el RCEP se propone cuatro objetivos prioritarios: en primer lugar, establecer un marco de asociación económica "moderno, integral, de alta calidad y mutuamente beneficioso para facilitar la expansión del comercio y la inversión regionales y contribuir al crecimiento y desarrollo económico mundial" (RCEP, s/f). En segundo lugar, el acuerdo busca liberalizar progresivamente y facilitar el comercio de mercancías entre las partes mediante la eliminación progresiva de las barreras arancelarias y no arancelarias. En tercer lugar, liberalizar progresivamente el comercio de servicios entre las Partes con una cobertura sectorial sustancial para lograr la eliminación progresiva de las restricciones y medidas discriminatorias con respecto al comercio de servicios entre las partes. Finalmente, el RCEP

buscar “crear un ambiente de inversión facilitador y competitivo en la región, que mejorará las oportunidades de inversión y la promoción, protección, facilitación y liberalización de la inversión entre las Partes” (RCEP, s/f).

El ex asesor de seguridad nacional durante el gobierno de Obama, Tom Donilon (2013) contrapuso los objetivos y las características del RCEP con las Tratado Transpacífico (TPP), el otro gran acuerdo de libre comercio que se estaba discutiendo en la región para cuando se lanzó el RCEP. Según Donilon, el TPP constituyó el ala económica de la estrategia de “pivot hacia Asia”, además de ser un intento de “contener” el avance de China en la región. En este marco, siete países del RCEP participaron además de las negociaciones del TPP: Australia, Japón, Malasia, Nueva Zelanda, Singapur, Vietnam y Brunéi. Hernández (2019) afirma que fue la decisión de Trump de retirarse de las negociaciones del TPP en enero de 2017 lo que convirtió al RCEP en la única y más natural vía para construir una coalición asiática que promueva la cooperación económica bajo una perspectiva soberanista.

Algunos autores sostienen que la idea del RCEP es parte de una estrategia de China para consolidar su posición como mayor importador y exportador de la región y contrarrestar la influencia que los Estados Unidos pretendían tener en el Asia-Pacífico (BBC, 16/11/2020). Sin embargo, Hernández (2019) y Ramoneda (2020) señalan que, si bien China es un participante clave, el RCEP se trata de una iniciativa centrada en la ASEAN. En este marco, no solo fue sobre la arquitectura comercial regional construida por la ASEAN sobre la que se erigió el RCEP sino que, además, se acordó mantener el papel central de la ASEAN en la arquitectura económica regional (Hernández, 2019). La puesta en vigor del RCEP en enero de 2022 es una muestra de que los países de la región están convencidos de que el comercio intrarregional es estratégico. El RCEP evidencia, además, que los países de la región están sumamente comprometidos con garantizar la paz y la estabilidad regional.

En este sentido, otra herramienta importante impulsada por China es la Organización para la Cooperación de Shanghai (OCS), fundada en 2001 por China, Rusia y las ex repúblicas soviéticas de Asia Central, que se fue ampliando con el paso de los años hasta tener nueve miembros plenos, seis socios de diálogo y cuatro miembros observadores. La OCS tiene como objetivo principal garantizar la paz y la estabilidad en la región, e incluye hoy a Camboya como socio de diálogo y a la ASEAN como socio invitado. La OCS señala como las principales amenazas al terrorismo, el separatismo y el extremismo. Sin mencionarlo explícitamente, la OCS también se configura como una alianza de seguridad frente las injerencias norteamericanas en la

región, prestando atención a posibles controversias en el Mar del Sur de China, un hipotético conflicto entre las dos Coreas, entre China y Taiwán o en el Estrecho de Malaca, un *choke point*¹⁰ geoestratégico en el comercio marítimo mundial.

Por otra parte, otra herramienta importante es el Banco Asiático de Inversiones en Infraestructura (AIIB, por sus siglas en inglés), del que participan como miembros plenos la totalidad de los países de la ASEAN, Australia, Corea del Sur, la India y Nueva Zelanda. El AIIB fue presentado en octubre de 2014, prácticamente en simultáneo con la Iniciativa de la Franja y la Ruta (Nueva Ruta de la Seda), con el objetivo de proporcionar la financiación para proyectos de infraestructura en diferentes partes del mundo. El accionista mayoritario del Banco es China, que aporta un capital de 29.780 millones de dólares; en segundo lugar, se ubica la India (8.370 millones de dólares) y luego Rusia (6.540 millones de dólares). Apenas un año después de su nacimiento, el AIIB tenía 70 países asociados (hoy ya suma 88 miembros plenos), incluidos Gran Bretaña y Alemania. Para diciembre de 2021, el AIIB había aprobado 159 proyectos por 31.970 millones de dólares y tenía en carpeta otros 47 proyectos por 24.970 millones de dólares.

Como se observa en la Tabla N°2, el AIIB ha cumplido un rol destacado en el financiamiento de obras de infraestructura en la región.

TABLA N°2

PROYECTOS FINANCIADOS POR EL BANCO ASIÁTICO DE INVERSIONES EN INFRAESTRUCTURA
 EN LOS PAÍSES DEL ASIA PACÍFICO (2016-2021)

País	Cantidad de proyectos	Monto total	Áreas
Camboya	3 proyectos	u\$s 185 millones	Salud, agricultura y fibra óptica
Indonesia	12 proyectos	u\$s 3.449 millones	Puentes, energía hidroeléctrica, salud, satélites, turismo, agricultura, vivienda
Laos	2 proyectos	u\$s 70 millones	Transporte
Myanmar	1 proyecto	u\$s 20 millones	Energía
Filipinas	4 proyectos	u\$s 1.507 millones	Salud, transporte
Singapur	2 proyectos	u\$s 134 millones	Infraestructura
Tailandia	2 proyectos	u\$s 600 millones	Energía, salud
Vietnam	2 proyectos	u\$s 147 millones	Salud, energía
Total	28 proyectos	u\$s 6112 millones	

FUENTE: AIIB: https://www.aiib.org/en/projects/list/year/All/member/All/sector/All/financing_type/All/status/All.

Finalmente, debemos hacer mención al rol que cumple la Iniciativa de la Franja y la Ruta (también llamada “Nueva Ruta de la Seda”) en la región. La “Ruta de la Seda” es esencialmente un proyecto productivo-industrial, que implica la construcción de vías ferroviarias, carreteras terrestres, rutas aéreas y marítimas, proyectos energéticos, parques industriales y puertos en los países participantes. En este sentido, la nueva “Ruta de la Seda” se configura como un proyecto para motorizar el comercio y la producción en el mundo, pero también como un proyecto geopolítico de gran envergadura, enfrentado los proyectos financieros de las potencias centrales basados en la especulación financiera (Dierckxsens y Formento, 2015).

Desde su lanzamiento en 2013, un total de 22 países del AOP han adherido a la iniciativa,¹¹ y tanto la ruta terrestre como la ruta marítima tienen corredores estratégicos que circulan por la región. Con la intención de reforzar los lazos de cooperación con los países del sudeste asiático, el gobierno chino impulsó como uno de los proyectos iniciales de la Ruta de la Seda el Corredor península Indochina-China, una red de ferrocarriles que permite interconectar el sudeste asiático con las arterias de la Ruta de la Seda. Para ello, en 2016 la República Popular China inauguró la línea de alta velocidad entre Shanghái y Kunming, que permite conectar los 2.252 kilómetros que separan ambos puntos en once horas. Kunming, a su vez, es una ciudad de cuatro millones de habitantes que se encuentra a 400 km de Myanmar, a 275 km de Vietnam y a 250 km de Laos, por lo que representa la puerta de ingreso a la península.

El Corredor península Indochina-China se compone, a grandes rasgos, de tres rutas comerciales que conforman la Red Panasiática; la primera, desde Kunming hasta Laos y Tailandia (presupuestado en 6 mil millones de euros); la segunda, hacia Vietnam y Camboya; y, finalmente, la ruta hacia Myanmar. A su vez, también se contempla la construcción de un tren de alta velocidad entre Yakarta (Indonesia) y Bandung. Por otro lado, también hay puertos en la región en los cuales China tiene importantes inversiones, como el de Kyaukphyu en Myanmar y el de Chittagong en Bangladesh.

6. A modo de conclusión

El Asia Oriental y el Pacífico se ha posicionado como una de las regiones de mayor importancia en la transición geopolítica en curso. Tanto por su importante desempeño económico (que comprende el desarrollo de sectores de alta tecnología) como por incluir estados que han iniciado procesos incipientes de insubordinación a nivel global, el AOP se proyecta como una de las regiones en donde se darán las pugnas estratégicas en los próximos años.

Tanto desde las fracciones globalistas, de fuerte incidencia en el Partido Demócrata que hoy gobierna Estados Unidos, como desde el Partido Comunista de China, se han diseñado estrategias tendientes a fortalecer la presencia de ambos países en la región. Esta disputa incluye varias dimensiones, entre ellas la económica, la política-institucional y la militar. El devenir de estas pugnas incidirá sobre el resultado de los realineamientos geopolíticos globales en curso.

El recambio electoral en los Estados Unidos, el reposicionamiento de China en el escenario global y la pandemia de Covid-19 han consolidado las tendencias geopolíticas en curso. En este marco, en los próximos años se experimentará un aumento de las tensiones y conflictos a escala sistémica, que tendrán al Asia Oriental y el Pacífico como protagonista.

El AOP, a su vez, se consolida como una región fuertemente interconectada, en términos económicos, pero también institucionales y hasta militares. El alto grado de dependencia mutua en términos económicos (que decantó en la firma del RCEP como acuerdo de cooperación económica entre gran parte de los países de la región) se complementa con acuerdos mutuos en materia de seguridad (OCS) y económico-institucionales (AIIB). La Iniciativa de la Franja y la Ruta, a su vez, también se ha consolidado como una herramienta a la que han adherido la mayor parte de los países de la región.

De este modo, asistimos a una creciente articulación entre países que han sido protagonistas de fuertes disputas en tiempos pasados, como China, Japón, Corea del Sur y Australia. Si bien los procesos no son lineales ni homogéneos, la cada vez mayor relación entre estos países reaviva las amenazas señaladas por geoestrategias norteamericanas que auguraban que una pérdida de la primacía norteamericana en la región impactaría directamente en su capacidad hegemónica global.

Notas

- 1 “¿Dónde se fabrica el iPhone? (Pista: No sólo China)”. Recuperado de: <https://tecnonautas.net/donde-se-fabrica-el-iphone-pista-no-solo-china/>
- 2 “Guerra comercial afecta al 75 % de empresas de EE. UU. en China”. Recuperado de: <https://www.eltiempo.com/mundo/mas-regiones/guerra-comercial-afecta-al-75-de-empresas-de-ee-uu-en-china-segun-encuesta-366548>
- 3 Una muestra de esto fueron las declaraciones en 2017 de la ex directora del Fondo Monetario Internacional Christine Lagarde, quien afirmó que “el FMI podría mudarse a Pekín en una década si las tendencias de crecimiento de China y otros grandes mercados emergentes continúan [...] lo que podría muy bien significar que, si tenemos esta conversación dentro de 10 años, no estaríamos sentados en Washington, DC sino en la oficina central de Beijing”. “*IMF could be based in Beijing in a decade: Lagarde*”, Reuters, 24/07/2017.
- 4 A efectos del presente trabajo, se toma la definición propuesta por el Banco Mundial, que incluye los siguientes países: Australia, Brunéi Darussalam, Camboya, China, Corea del Sur, Corea del Norte, Filipinas, Guam, Hong Kong, Indonesia, Islas Marshall, Islas Salomón, Japón, Kiribati, Malasia, Mariana, Micronesia, Mongolia, Myanmar, Nauru, Nueva Caledonia, Nueva Zelanda, Palau, Papúa Nueva Guinea, Polinesia Francesa, Macao, Taiwán, Laos, Samoa, Samoa Americana, Singapur, Tailandia, Timor Leste, Tonga, Tuvalu, Vanuatu y Vietnam. Recuperado de: <https://datos.bancomundial.org/region/asia-oriental-y-el-pacifico>.
- 5 “*Quién fabrica el mundo: los países con mayor producción industrial, reunidos en un mapa*”. Magnet, 08/06/2021. Recuperado de: <https://magnet.xataka.com/en-diez-minutos/quien-fabrica-mundo-paises-mayor-produccion-industrial-reunidos-mapa>
- 6 La *Samsung*, la coreana *LG* y las chinas *Huawei*, *Xiaomi*, *Oppo*, *Vivo*, *Realme*, *Lenovo* y *Tecno Mobile*. Recuperado de: <https://larutachina.com/xiaomi-supero-a-apple-como-el-tercer-fabricante-de-telefonos-inteligentes-a-nivel-mundial/>
- 7 Brzezinski (1998) señala que los jugadores geoestratégicos activos son aquellos con capacidad y voluntad de ejercer poder e influencia más allá de sus fronteras para alterar el estado actual de las cuestiones geopolíticas.
- 8 Brzezinski (1998) introduce la categoría de “pivote geopolítico” para indicar aquellos Estados cuya importancia se deriva no tanto de su poder o sus motivaciones sino más bien de su situación geográfica sensible.
- 9 Incluye Corea del Norte, Taiwán, Hong Kong, Islas Marshall, Islas Salomón, Kiribati, Micronesia, Nauru, Palau, Papúa Nueva Guinea, Samoa, Timor Leste, Tonga, Tuvalu y Vanuatu.
- 10 Un *choke point* (“punto de estrangulamiento”) es un lugar en el que una ruta se estrecha por razones geográficas, dando a ese punto un alto valor estratégico. Esos estrechos son cruciales para el comercio mundial, y su bloqueo podría suponer la incomunicación de algunos países por vía marítima, además de

grandes pérdidas económicas. Es por ello que los choke points se consideran importantes puntos estratégicos tanto a nivel militar como comercial. Extraído de: El Orden Mundial (2020). ¿Qué es un *choke point*?. Recuperado de: <https://elordenmundial.com/que-es-un-choke-point/>

- 11 Malasia, Corea del Sur, Brunéi, Timor Leste, Tailandia, Vietnam, Singapur, Camboya, Laos, Indonesia, Filipinas, Myanmar, Niue, Papua Nueva Guinea, Nueva Zelanda, Micronesia, Fiji, Samoa, Islas Salomón, Vanuatu, Tonga e Islas Cook.

Referencias

- Actis, E. y Creus, N. (2020). *La disputa por el poder global. China contra Estados Unidos en la crisis de la pandemia*. Buenos Aires, Capital Intelectual.
- Arrighi, G. (2007) *Adam Smith en Pekín. Orígenes y fundamentos del siglo XXI*. Madrid: Akal.
- Baldwin, R. (2007). Managing the Noodle Bowl: The Fragility of East Asian Regionalism. *ADB Working Paper Series on Regional Economic Integration*, No. 7. Manila: Asian Development Bank.
- BBC (16 de noviembre 2020). *Las claves del RCEP, el mayor tratado de libre comercio del mundo (y cómo afecta a América Latina)*. Recuperado de: <https://www.bbc.com/mundo/noticias-internacional-54937458>
- Blinken, A. (2021). *Un Indopacífico libre y abierto*. Discurso del secretario de Estado de Estados Unidos en la Universidad de Indonesia. U.S. Department of State. Recuperado de: <https://www.state.gov/translations/spanish/discorso-del-secretario-de-estado-de-estados-unidos-antony-j-blinken-un-indopacifico-libre-y-abierto/>
- Bringel, B. (2020). Geopolítica de la pandemia, escalas de la crisis y escenarios en disputa. *Geopolítica(s)*, 11 (Especial), 173-187.
- Brzezinski, Z. (1998). *El gran tablero mundial: la supremacía estadounidense y sus imperativos geoestratégicos*. Buenos Aires: Ed. Paidós.
- Clinton, H. (2011). America's Pacific Century. *Foreign Policy*. Recuperado de: <https://foreignpolicy.com/2011/10/11/americas-pacific-century/>
- Cox, R. (1993). Fuerzas sociales, estados y órdenes mundiales: más allá de la teoría de las relaciones internacionales. En: Morales, Abelardo (compilador). *Poder y orden mundial*. San José: Flacso.
- Cox, R. (2016). Gramsci, hegemonía y relaciones internacionales: Un ensayo sobre el método, en: *Relaciones Internacionales*, Número 31, febrero-mayo 2016, Grupo de Estudios de Relaciones Internacionales (GERI) – UAM.
- Dierckxsens, W. y Formento, W. (2015). *La batalla de los imperios financieros por el mundo. ¿Un mundo en transición histórica?* Ponencia presentada en la VII Conferencia Latinoamericana y Caribeña de Ciencias Sociales (CLACSO). Recuperado de: www.alainet.org/es/file/3869/download?token=3P7GA59.

- Dierckxsens, W. y Formento, W. (2019). *Perestroika: De la caída Soviética a la de Washington - 1989-2020*. Agencia Latinoamericana de Información -ALAI-. Recuperado de: <https://www.alainet.org/es/articulo/202728>
- Dierckxsens, W. y Piqueras, A. (coords.) (2018). *El capital frente a su declive. Fin de la unipolaridad global: ¿transición al postcapitalismo?*. Costa Rica: Editorial DEI.
- Domínguez, E. (2021). De Bush 43 a Biden: cambios en el sistema-mundo y ajustes de política exterior en Estados Unidos. *Revista Política Internacional*, Volumen III, Nro. 2, abril-junio de 2021, 28-42.
- Donilon, T. (2013). The United States and the Asia-Pacific in 2013. *White House*. Recuperado de: <https://obamawhitehouse.archives.gov/the-press-office/2013/03/11/remarks-tom-donilon-national-security-advisor-president-united-states-an>
- Dussel, E. (2014). *16 tesis de economía política: interpretación filosófica*. México: Siglo XXI.
- DW (25 de agosto 2021). *Estados Unidos pide “encontrar maneras de presionar” a China*. Recuperado de: <https://www.dw.com/es/estados-unidos-pide-encontrar-maneras-de-presionar-a-china/a-58977507>
- DW (26 de agosto 2021). *Kamala Harris concluye su gira en Asia con nueva advertencia a China*. Recuperado de: <https://www.dw.com/es/kamala-harris-concluye-su-gira-en-asia-con-nueva-advertencia-a-china/a-58992302>
- Echenique, X. y Narodowski, P. (2019). EEUU y China: aporte al debate sobre los diferenciales de complejidad entre ambos. En: Merino, G. E. y Narodowski, P. (coords.). *Geopolítica y economía mundial. El ascenso de China, la Era Trump y América Latina*. La Plata: CIG-IdIHCS, UNLP, 185-194.
- Fernández, R. (2021). *Divisas más utilizadas en transacciones a nivel mundial 2019*. Statista. Recuperado de: <https://es.statista.com/estadisticas/607496/divisas-mas-utilizadas-en-transacciones-a-nivel-mundial/>
- Formento W. y Dierckxsens, W. (2017). *Clinton vs Trump: Globalismo, Continentalismo y Crisis*. Agencia Latinoamericana de Información -ALAI-. Recuperado de: <https://www.alainet.org/es/articulo/189546>.
- Giaccaglia, C. (2016) Asia: turbulencia, en: *Revista Voces en el Fenix*, año 7 n°56 La Ruta de la Seda, Buenos Aires, Argentina.
- Girado, G. (2021). *Un mundo made in China. La larga marcha hacia la creación de un nuevo orden global*. Buenos Aires: Capital Intelectual.
- Haass, R. (2017). *A world in disarray. American foreign policy and the crisis of the old order*. Nueva York: Penguin.
- Harvey, D. (2004). El “nuevo” imperialismo. Sobre reajustes espacio-temporales y acumulación mediante desposesión. *Revista Herramienta*, número 27, Buenos Aires.
- Hernández, R. (2019). Retos de la Asociación Económica Regional Comprensiva (RCEP). En: Jiménez Portugal, L. y Ruiz Porras, A. (coords.) *Avances, retos y perspectivas de los procesos de integración del Siglo XXI: análisis económicos e institucionales*. México: Universidad de Guadalajara, 87-107.

- Kissinger, H. (2005). China. Containment won't work, *The Washington Post*, 13 de junio de 2005. Recuperado de: <https://www.henrykissinger.com/articles/china-containment-wont-work/>
- Jaimarena, R., Merino, G. y Narodowski, P. (2019). Los jugadores y los conflictos. En: Merino, G. E. y Narodowski, P. (coords.). *Geopolítica y economía mundial. El ascenso de China, la Era Trump y América Latina*. La Plata: CIG-IdIHCS, UNLP, 169-184.
- Lee, T. (2016). *The Trans-Pacific Partnership, explained*. Vox. Recuperado de: <https://www.vox.com/policy-and-politics/2016/7/25/18076450/trans-pacific-partnership>
- Marini, R. M. (1997). Procesos y tendencias de la globalización capitalista. En: *América Latina, dependencia y globalización*. Bogotá: Siglo del Hombre.
- Martins, C. E. (2014). El sistema-mundo capitalista y los nuevos alineamientos geopolíticos en el siglo XXI: una visión prospectiva. En: *Soberanía, hegemonía e integración de las democracias en revolución en América Latina*, Marco Gandáségui, Carlos Martins y Pablo Vommaro, coordinadores. Quito: Editorial IAEN.
- Merino, G. (2016). Tensiones mundiales, multipolaridad relativa y bloques de poder en una nueva fase de la crisis del orden mundial. Perspectivas de América Latina. En: *Geopolítica(s): revista de estudios sobre espacio y poder*, vol. 2, núm. 7, Universidad Complutense de Madrid, 201-225.
- Merino, G. (2019). Globalistas vs. Americanistas. En: Merino, G. E. y Narodowski, P. (coords.). *Geopolítica y economía mundial. El ascenso de China, la Era Trump y América Latina*. La Plata: CIG-IdIHCS, UNLP, 81-108.
- Molina, E., Robaina, J. L., & Regalado, E. (2021). Relevancia de Asia-Pacífico en el escenario mundial: Asia-Pacific Relevance in World Arena. *Cuadernos de Nuestra América*, (01), 20. Recuperado de: <https://cna.cipi.cu/cna/article/view/41>
- Monzón, P. (2017). Apuntes sobre la política de pivó de Estados Unidos en Asia Pacífico y la normalización de Japón. En: *Revista de Estudios Estratégicos* no. 4. (enero-junio 2017). La Habana: CIPI, Cuba, 13-40.
- Moure, L. (2014). Orden internacional en transición y Relaciones Internacionales: Aproximaciones teóricas al declive hegemónico estadounidense y al ascenso de China como potencia global. En: *Cursos de derecho internacional y relaciones internacionales de Vitoria-Gasteiz*, Bilbao, 367-449.
- Myre, G. (2021). Long promised and often delayed, the “pivot to Asia” takes shape under Biden. NPR, 06/10/2021. Recuperado de: <https://www.npr.org/2021/10/06/1043329242/long-promised-and-often-delayed-the-pivot-to-asia-takes-shape-under-biden>
- Pamuk, H. y Brunnstrom, D. (2021). Blinken heads to Southeast Asia to deepen cooperation on China pushback. *Reuters*. Recuperado de: <https://www.reuters.com/world/blinken-heads-southeast-asia-deepen-cooperation-china-pushback-2021-12-12/>

- Ramoneda, E. (2020). *Firma del RCEP: una victoria de China, un éxito de la ASEAN y un golpe al Asia-Pacífico*. Instituto de Relaciones Internacionales, Universidad Nacional de La Plata. Recuperado de: <https://www.iri.edu.ar/index.php/2020/11/20/firma-del-rcep-una-victoria-de-china-un-exito-de-la-asean-y-un-golpe-al-asia-pacifico/>
- Ramonet, I. (2011). El nuevo sistema-mundo. *Le Monde diplomatique en español*, N° 192, 1-2.
- Regional Comprehensive Economic Partnership Agreement [RCEP] (s/f). *Regional Comprehensive Economic Partnership Agreement* [texto completo]. Recuperado de: <https://rcepsec.org/wp-content/uploads/2020/11/All-Chapters.pdf>
- Rodríguez, L. (2014). De la unipolaridad a la multipolaridad del Sistema Internacional del siglo XXI. *Revista de Estudios Estratégicos*, n°1, Centro de Investigaciones de Política Internacional, 57-83.
- Sanahuja, J. A. (2007). ¿Un mundo unipolar, multipolar, o apolar? La naturaleza y la distribución del poder en la sociedad internacional contemporánea. *Cursos de Derecho internacional y Relaciones internacionales de Vitoria-Gazteiz, Bilbao*, 297-384.
- Sanahuja, J. A. (2020). ¿Bipolaridad en ascenso?, *Foreign Affairs Latinoamérica*, Vol. 20: Núm. 2, 76-84.
- Schulz, S. (2021). Nuevos escenarios geopolíticos post Covid-19. Crisis de hegemonía estadounidense, multipolaridad relativa y desafíos para América Latina. En: Dillon, B, Pombo, D. y Nin, C. (comps.). *Geografías: ausencias y compromisos en un mundo dinámico y diverso*, EdUNLPam, Argentina: Universidad Nacional de La Pampa, 107-116.
- Serbin, A. (2019). *Eurasia y América Latina en un mundo multipolar*. Buenos Aires: Icaria Editorial. Coordinadora Regional de Investigaciones Económicas y Sociales (CRIES).
- State Council Information Office of the People's Republic of China [SCIOPRC] (2019). *White Paper: China and the World in the New Era*. Recuperado de: http://english.www.gov.cn/archive/whitepaper/201909/27/content_WS5d8d80f9c6d0bcf8c4c142ef.html
- Taylor, P. y Flint, C. (2002). *Geografía política. Economía mundo, Estado-nación y localidad*. Madrid: Trama.
- Tuazon, B. (2021). Biden's 'Pivot to Asia' at a dead end. *China Daily*. Recuperado de: <https://www.chinadaily.com.cn/a/202109/28/WS6152da6aa310cdd39bc6c2cf.html>
- Turzi, M. (2017). *Todo lo que necesitas saber sobre el (des)orden mundial*. Argentina: Paidós.
- Vidal, M. (2011). Obama: EEUU está en Asia Pacífico para quedarse y busca cooperación con China. *Investing*. Recuperado de: <https://es.investing.com/news/stock-market-news/verwachtingen-tomtomm-wisselend-113402>

Voz de América (13 de diciembre 2021). *Blinken en Indonesia para promover visión de Biden en región Indo Pacífico*. Recuperado de: <https://www.vozdeamerica.com/a/blinken-visita-sureste-asia/6352257.html>

Wallerstein, I. (2006). La decadencia del poder estadounidense. Ed. *Le Monde Diplomatique*, Buenos Aires: *Capital Intelectual*.

Wilson, J. D. (2015). Mega-regional trade deals in the Asia-Pacific: choosing between the TPP and RCEP?. *Journal of Contemporary Asia*, 45(2), 345-353.

Xinhua (18 de agosto 2021). *China insta a EEUU a cumplir acuerdos sobre Taiwán y detener ventas de armas*. Recuperado de: http://spanish.xinhuanet.com/2021-08/18/c_1310133004.htm.

